

DIONISIO CAÑAS / HETEROMORFÍA POÉTICA Y AFIRMACIÓN DEL SUJETO POSMODERNO EN *DRESDE*, DE FANNY RUBIO

Fanny RUBIO: *Dresde*.
Madrid, Devenir, 1990.

Fanny Rubio es una escritora que juega con los géneros, los estilos y las voces: hace crítica, poesía, ficción, artículos de periódico, y en todos estos espacios de las letras se siente cómoda. No obstante, esos modos de experimentar y poner a prueba su capacidad de escritora poseen una coherencia cambiante, que se mueve con su propia experiencia del mundo y de la literatura. Su obra poética, que ya ha cumplido más de veinte años, es una forma de reunir fragmentos heterogéneos de su vida, como mujer y como lectora, y convertirlos en un ánfora de porcelana o barro cuya silueta ella misma desconoce aún.

De ahí quizá el que en su último libro de poemas, *Dresde*, aluda a su fascinación por la ciudad aniquilada, en ruinas (y su reconstrucción posterior), como metáfora de nuestra cultura. Esa misma fascinación fue la que la llevó a interesarse por *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso (que es un libro que trata de las ruinas humanas dejadas en España por la guerra civil, y cuya edición publicó la autora recientemente), y, en su obra anterior, por la destrucción de la ciudad de Sodoma.

De igual modo, en *Dresde*, la autora practica una escritura heteromórfica: una prosa de respiración poética y una poesía de aliento prosaico; es decir, una escritura que «recompone» su propia respiración a partir de la destrucción de los géneros canónicos.

Pero, ¿por qué *Dresde*, por qué la ciudad como un cuerpo, como un horizonte donde posar la mirada del poeta, como un lugar que da base a sus reflexiones sobre la poesía y la vida? En una entrevista realizada por Sharon Keefe Ugalde y recogida en *Conversaciones y poemas. La nueva poesía femenina española en castellano* (Madrid, Siglo XXI de España, 1991) declara Fanny Rubio lo siguiente: «*Dresde* ha sido mi modo de urdir un libro de poemas al filo de 1990 tomando como autorreferencia el espejo/discurso de una ciudad abolida a la que me escapé durante tres veranos. En este decadente laberinto urbano he iniciado un diálogo entre lo real y mi yo, entre mi yo ficticio y mi yo-misma, una especie de diálogo interior mediatizado por la cultura que ha ido constituyendo un modo de lenguaje paralelo e independiente, incluso distante, desde el cual he estudiado la lección del pasado y he afirmado mi presente.» Y más adelante sigue diciendo: «Pero este libro no entra en la conmemoración, sino más bien

en la metáfora de la ciudad destruida para afirmar la voz que el texto encubre [...]. Finalmente, desconozco con exactitud si éste es un libro sobre la ciudad o un libro sobre mi propia vida o un libro sobre el cuerpo. Pero algo de los tres elementos tiene —creo— cada poema.» Esta ambigüedad, estas grietas abiertas por la duda, que la autora de *Dresde* manifiesta en sus declaraciones, son los espacios por los cuales nos introduciremos para observar, desde nuestra perspectiva, lo que puede haber dentro de su libro.

Pere Gimferrer, en su prólogo a este volumen, escribe lo siguiente: «De dos modos puede leerse *Dresde*. Cabe rastrear, en el texto, lo que deja adivinar en vislumbres: la historia de una ciudad y sus fantasmas, la de una escritora y sus fantasmagorías, enfrentadas en juego de espejos, trasunto una de la otra. No sólo lícita, sino útil, es esta forma de leer el libro. Pero resultaría insuficiente e incompleta si no concurriera, además, una segunda y más sustantiva modalidad de lectura: la que atiende a lo que verdaderamente narran en lo hondo estas páginas, es decir, a la arriesgada y azarosa historia del texto mismo [...]. Al narrar *Dresde* y *Dresde*, el texto se narra a sí mismo y nos narra a cuantos lo leemos.»

Pues bien, si nos atenemos a lo escrito por Gimferrer, el único espacio que nos quedaría por explorar sería el que nos abre su último aserto: el de que el texto «nos narra a cuantos lo leemos». Partiendo, pues, de la esencial duda de la autora ante la definición de su propio libro, y de esta capacidad que posee *Dresde* de reflejarnos como lectores, veamos lo que estos textos nos han dicho a nosotros y de «nosotros».

En una primera lectura se podría decir que en *Dresde* se da una voluntad de obliteración del sentido, de lo referencial, a través de una acumulación de imágenes, símbolos, y alusiones literarias y existenciales que nos son ajenas o difíciles de descifrar. Por lo tanto, de entrada, como lectores, este libro nos predispone a presenciar un espectáculo de la escritura que será dificultoso. Mas ateniéndonos a la idea de Gimferrer, según la cual también nosotros estamos «insertados» en este mundo oscuro de la palabra de Fanny Rubio, rastreemos «nuestras huellas».

La autora se dirige a nosotros desde un «tú» íntimo, «y siempre tienes que elegir», o desde un más abarcador «nosotros»: «Somos los últimos testigos / de nuestro tiempo terco, / huérfanos

ÍNSULA 546
JUNIO 1992

24